

Malaventuras del dólar

Hará cerca de dos años dedicaba yo un comentario en estas mismas columnas a un problema que la crisis de la Bolsa de Nueva York, hace pocos días, pone otra vez de actualidad. ¿Qué pasa con la moneda norteamericana que ni sube ni baja ni se está queda? En contra de los malos augurios que la cuestión me sugería a la sazón, entonces no pasó nada. Los economistas americanos explicaron aquello como una modesta recesión en la marcha adelante de la economía americana. Si no pasó nada de momento, en el fondo sí ha pasado algo: la crisis del dólar se ha acentuado notablemente, aunque puede que aparentemente tampoco pase «nada» ahora. ¿En qué consiste esa crisis que ora aparece o desaparece, como un Guadiana financiero?

Las cosas reales han de tener una explicación real. La aparición de un fenómeno en un cierto momento puede ser accidental, pero si el fenómeno es efectivo, la causa ha de ser eficiente. Las cosas sin explicación sólo ocurren en el mundo de los trastos.

Creo que ya he señalado alguna vez a los lectores de esta Revista el contraste que ofrecen las terminaciones de las dos grandes guerras: la primera con una gran crisis de superproducción y paro y con la bancarrota de las monedas. En la segunda, en cambio, la euforia económica de la guerra se continúa por una activación de la producción, por una ocupación creciente, por una fase febril de la economía. La falsa paz de 1944 amanece bajo el signo, no sólo de liquidar la anterior guerra, sino bajo el de la imposición de nuevos dispendios más cuantiosos que prolongan el esfuerzo económico de las naciones. Se comprende que ese período de postguerra se caracterice por el dispendio, por los déficit presupuestarios, por todo lo que había recomendado el economista Keynes, en su visión monofacética de los problemas, para curar la depresión, suponiendo que aquí la hubiera habido. Mas no fue ése el caso, sino todo lo contrario, lo cual hubiera sido muy bueno si la euforia coyuntural no hubiese ido acompañada de la inflación, de la que es compañera inseparable.

* * *

La culpa inmediata de las crisis, esas parálisis más o menos periódicas del mecanismo económico, hay que buscarla, por lo general, en puntos de tensión que se desarrollan en ese mecanismo, tensiones que tienen su origen muchas veces en la propia acción desconsiderada de los hombres, contrariando, con arreglo a sus deseos, las leyes económicas. Concretamente, en el caso que nos ocupa, se trata de una tensión propia de los sistemas monetarios metálicos, a cuyas unidades se les da una equivalencia formal y fija en oro. Y lo mismo sería en cualquier otra mercancía.

Ahora bien; la economía de un país no trabaja sobre una sola mercancía, sino sobre el conjunto de las que integran el acervo o la producción del país o de la colectividad de que se trate. Suponiendo que originalmente haya presidido el acierto, al fijar la equivalencia del nivel medio del oro, el sistema funcionará aproximadamente bien al principio, mas pronto se manifestarán disparidades entre el valor del oro y el de algunas otras mercancías, lo que ocasionará crisis particulares. Lo más grave será cuando todo el conjunto de los precios deje de responder al valor fijo establecido para el oro, es decir, cuando el dinero se halle en general devaluado o sobrevaluado con respecto a las mercancías. Entonces, la economía toda funciona monetariamente mal, exigiendo rectificaciones.

Dado que se desconoce exactamente el proceso de la crisis, el repertorio de las medidas anticríticas se halla reducido de hecho a tres o cuatro empirismos que consisten, para remediar las depresiones coyunturales, en facilidades de crédito, fuertes dispendios estatales, en suma, puesta de más dinero en manos del público. En caso de temores de inflación, la política ha de ser la inversa. Añádase a esto la baja de los costes y precios para corregir la tendencia alcista de los precios y salarios y el suministro de ocupación en caso de marasmo en la producción

Claro que el economista se halla desarmado cuando ha de combatir coyunturas opuestas, como corregir a la vez el paro y la inflación, coincidencia que no deja de ser corriente.

* * *

En el caso de Norteamérica, asistimos primeramente a una lenta inflación, poco alarmante dados los grandes recursos y el enorme volumen de la economía de aquel país, así como el poder que le da sobre el mercado la posesión de la mayor parte del oro del mundo. El alza moderada es bien recibida al principio, por cuanto corrige la contracción que siempre padece una economía capitalista normal. Pero apenas comienza a ser perceptible el alza general de precios, el temor a ella hace tomar medidas precautorias. Esas medidas, para ser eficaces, han de consistir en contracciones monetarias que creen un estado de superproducción, de dominio de la oferta sobre la demanda de productos; en realidad se trata de la destrucción de una parte del poder de demanda creado por la producción, al mismo tiempo que el producto.

Una tensión se desenvuelve entonces: dentro del alza general de los precios (inflación), tiende a desarrollarse una baja de aquellos artículos cuya demanda disminuye. La baja es tanto más sensible cuanto que se desarrolla dentro de una masa de artículos que tiende en general a subir y que en parte obra ya elevando los costes.

Un dilema se presenta al economista político: o seguir restringiendo la economía, con riesgo de crear una fase de depresión, o aflojar las riendas al potro económico, con riesgo de que se desboque en una crisis de plétora. Este sistema de tira y afloja parece ser el que han elegido los economistas directivos de la política coyuntural norteamericana, creyendo poder mantener la coyuntura siempre entre los dos extremos, sin caer en uno ni en otro. Mas he aquí un objetivo que me parece difícil de realizar. Es un último ensayo de keynesismo, que queda todavía por fracasar. De desear es que el fracaso no se acompañe de demasiado estrépito.

Germán Bernácer